

# El mar, ruta imperial de la cultura hispana

Por JOSE IBÁÑEZ MARTIN  
Ministro de Educación Nacional.

Las quillas de las naves españolas habían dejado ya una estela de imperio sobre las aguas del Atlántico. España medía en sus cartas de ruta los meridianos de la tierra con el gozo entrañable de un campesino castellano que recorriese, con una mirada de dominio, los linderos de su propia heredad.

Y como en ningún instante de su historia, nuestra Patria sentía la más irreprimible vocación náutica. En la corte de Carlos I era recibido un ágil navegante, experto en la técnica difícil de la marinería. Había salvado muchas veces el azar y el riesgo de las galernas del Atlántico. Conocía el rumbo virgen, inseguro y atrayente, de las Indias orientales. El Rey de Portugal, Don Manuel el Afortunado, no supo colmar las aspiraciones de aquel marino, que educó su espíritu en la anchurosa perspectiva de horizontes sin límite y de oceánicos paisajes sin medida.

En la Corte de España, donde el navegante buscó un eco imperial a sus palabras, era desconocido su nombre. La mañana de la audiencia real en que Fernando Magallanes y su compatriota Ruy Faleiro llegaron a la augusta presencia del Emperador Carlos, el mundo tenía aún inédito un cuadrante de su geografía.

## EL SUEÑO DE LOS DOS OCÉANOS

España ha logrado siempre su imperio por el mar. Nuestro destino histórico ha sido llevar la Cruz de Cristo junto a la enseña de nuestras naos capitanas. Tuvimos una trayectoria histórica de expansión que estaba inspirada en el propio nervio de nuestra Fe. En el Mediterráneo, la lucha contra el turco encarna ese matiz religioso que da a nuestras guerras el alto valor de una Cruzada.

En nuestra historia transatlántica España cumple el más noble apostolado misional. Pero aún quedaba un Océano remoto y apenas sin perfiles, cuyos rumbos secretos torturaban con sugestión de amante el sueño del Monarca.

Carlos V sentía en los latidos de su sangre, como años antes la Reina Isabel, la fuerte llamada del mar.

Así, el celo y el desvelo del Rey hicieron posible que sobre las aguas del Atlántico se dibujase el rumbo de aquellas cinco naves—*Trinidad, Victoria, San Antonio, Concepción y Santiago*—, que el día 10 de agosto de 1519 emprendieron una nueva aventura oceánica, a cuyo final España había circundado la superficie de la tierra como en un apretado abrazo de amor.

Para los marineros españoles, abierta la ruta entre el vértice meridional del Nuevo Continente y la Tierra de Fuego, se extendía en el extremo oriental del mundo conocido la dilatada perspectiva de los mares del Sur.

## LA LUZ DE LA CULTURA

Mas de cuarenta años después otra flota, compuesta de cuatro naos y un bergantín, volvería a cruzar aquellas aguas. Entre los tripulantes van cinco frailes de la Orden agustiniana. Allí, frente a las mismas costas donde Magallanes rindió su postrimero tributo a la muerte, Miguel López de Legazpi, como un nuevo signo sideral que reprodujera el augurio feliz de victoria, que siglos antes representara para el Emperador Constantino el símbolo de la Cruz resplandeciente sobre el cielo, descubrió en la altura cenital de la noche la espléndida constelación de la Cruz del Sur. Era el día 13 de febrero de 1565. Las islas de Panay, de Cebú y de Luzón empezaban a caer bajo el imperio de las armas españolas, que les llevaban, con la cultura floreciente de Europa, las luces eternas de la civilización y de la Fe. Y así fué España la que, una vez más, en un ángulo inexplorado de la tierra, al aplicar la doctrina colonizadora que crearon sus teólogos y que practicaban sus misioneros, hizo de aquellas tribus, que vivían en casas de bambú, de bejuco y de palmas, el pueblo más culto de los que bañaban las aguas de aquel turbulento mar cuyos primeros exploradores calificaron de Pacífico.

Regía entonces los destinos de España la prudencia de Felipe II. Quería éste que se alcanzase la paz definitiva en las islas que llevaban su nombre. Sólo así, pensaba el Monarca,

podría consolidarse el desarrollo de la cultura hispánica, de la que fueron portadores nuestros propios misioneros. El espíritu de aquellos soldados, celosos de su Dios y servidores de su Rey, hizo posible que, acallados los ecos de la arcabucería, el 24 de junio de 1571 se fundase, bajo el guión de mando de Legazpi, la ciudad de Manila.

## AUSTERIDAD DE LO ESPAÑOL

Aquel marino excepcional es hoy para nosotros el símbolo de lo español. Porque en España la ambición de gloria de sus héroes jamás se ha comportado con la de la fortuna. Legazpi gastó todo su caudal, concedió encomiendas a sus colaboradores y supo morir pobre y desnudo de toda gloria humana un año después de que recibiera como única recompensa el título casi honorífico de Gobernador vitalicio de la isla de Cebú.

Junto con él destaca en los anales de las glorias hispánicas vividas en la acuciante inseguridad de aquellos mares la figura ingente de Urdaneta, el anciano frailecico de poderoso nervio juvenil, que igual sabía predicar entre infieles la fe de Cristo que regir el timón de una nave cuyos tripulantes yaciesen rendidos sobre cubierta, víctimas del hambre o de la enfermedad.

## LA UNIVERSIDAD DEL EXTREMO ORIENTE

Del heroísmo de estos hombres, como una estela indeleble de sus aventurados derroteros marinos, queda aún en pie la obra, firme y entera, de la Universidad de Santo Tomás de Manila. Fundáronla los Padres Dominicos, aquellos hijos espirituales del Santo español que en el año de 1215 creara la Orden que había de levantar el castillo señero de la Filosofía católica contra la herejía de los albigenses; el mismo que introdujo la devoción españolísima del Rosario y de quien alguien dijo que si Francisco de Asís vino a convertir a los cristianos al cristianismo. Domingo de Guzmán vivió para la conversión de los paganos a la eterna religión de Jesucristo. Fué aquella inclita Orden dominicana la que dió a la Iglesia universal figuras del supremo nivel filosófico de Tomás de Aquino, que, con su honda concepción humana de la vida, supo hacer del catolicismo la "única Teología optimista" de la Historia.

La Universidad de Manila nació así, al amparo de la Iglesia. Desde 1619, en que comienza su labor docente, la Universidad se sostiene gracias al legado de 1.500 pesos que un ilustre religioso, Fray Miguel de Benavides, quiso consagrar para la misma. Merced incluso a esta protección material, la cultura hispánica pudo lucir en aquel ángulo del Pacífico como una lámpara votiva a la que alimentase cada jornada el óleo del sacrificio de unos religiosos españoles. A aquella Universidad Pontificia corresponde la gloria de haber mantenido incólume su tradición por encima de todas las tolvaneras y marejadas de la Historia. El espíritu de los religiosos que la región pudo hacer posible que perdurase en aquellas islas hermanas, no sólo la cultura de España, sino el amor inextinguible a la madre común, que hizo realidad la supervivencia espiritual de nuestro Imperio.

Hoy nuestra Patria ha recuperado la angustia de su responsabilidad histórica ante el mundo. Queremos que nuestra inmortal civilización recobre su rango ecuménico, por el que, rotas las lejanías geográficas, España se sienta unida indestructiblemente a aquellos pueblos que con ella hablan un mismo idioma y rezan a un mismo Dios. Por eso, en homenaje de firme gratitud a aquella Universidad española del Pacífico que conservó como una reliquia santa el espíritu cristiano de la ciencia española, el Estado de esta nueva Patria renacida ha querido dar validez académica a los estudios cursados en ella.

Así, el antiguo sueño de océanos de nuestros monarcas imperiales es hoy vigilia tensa del Caudillo de España por la expansión universal de nuestra cultura. Que si en los siglos áureos de nuestra historia las naos españolas circundaban el mundo con sus quillas, hoy nuestra Patria quiere abrazar la redondez de la tierra con la proyección de su eterno pensamiento inmortal por todos los confines del mundo.